

Marcianos con barretina

Villalobos vuelve a demostrar su habilidad para combinar registros en esta comedia bufa sobre la Barcelona multicultural

Conocimos a Juan Pablo Villalobos hace unos años, cuando ganó el Herralde con la disparatada y muy recomendable *No voy a pedirle a nadie que me crea*, y ya entonces lamentábamos no haber reparado antes en un escritor tan original. Fresco, burbujeante y reactivo, como una aspirina efervescente. Su nueva novela, a partir de una formulación similar, es igualmente recomendable.

Villalobos maneja un estilo bastante *sui generis*, en el que ha ido puliendo estridencias, graduando el tono sin perder la vis cómica. Sorprende desde el principio, con la estimulante elección de una voz metanarrativa (auto consciencia, frecuente ruptura de la cuarta pared, interpelaciones directas al lector) que puede descolocar un poco pero acaba deparándonos gratas sorpresas.

Villalobos recurre a estas y otras piruetas efectistas con desparpajo, pero de un modo controlado —siempre en beneficio de la narración— y pone en marcha una imparable bola de nieve que nos arrastra a una peripécia surrealista. *La invasión del pueblo del espíritu* (Anagrama) arranca con una intriga y tintes de novela social. Pronto la trama se ramifica —la estructura es fragmentaria, una carambola a varias bandas—, y se desmiente esa primera impresión.



Villalobos parece suscribir aquello de Cuerda: "Aquí lo que hace falta es un buen Apocalipsis"

A partir de un montaje muy medido, va perfilando un entramado que incluye, de forma lateral, a rentistas conosuñeros, teóricos de la conspiración, activistas chinóforos y hasta al padre de Leo Messi. Una larga cadena de conexiones se pone en marcha y los personajes se ven envueltos en situaciones cada vez más enrevesadas y amenazantes. Así, mientras en la Antártida un descubrimiento científico revolucionará nuestro conoci-

miento del universo, a miles de kilómetros un hostelero deprimido tiene que cerrar el restaurante que da sentido a su vida.

Los protagonistas aproximados son Max y Gastón (sus nombres parecen obedecer a una clara intención paródica, ya que uno es un hombre reducido a escombros y el otro, de una austeridad franciscana), aunque la peculiar voz en *off* seguirá solo al segundo "como si flotáramos detrás de él y pudiéramos acce-

der a sus sentimientos, a sus sensaciones, al flujo de sus pensamientos".

Villalobos propende al humor pero no renuncia a la crítica. Sus obras se caracterizan precisamente por la facilidad con la que sortea los géneros, la pericia con la que se mueve en un registro ambivalente. La hibridación parece ser algo más que un recurso literario. El autor (mexicano afina-

do en Barcelona y casado con una brasileña) reivindica el mestizaje y la asimilación, la 'conllevancia'. El escenario es la ciudad en la que vive desde hace quince años, y que aquí aparece abducida por un síndrome de sugestión masiva.

Inventa escenas con emanaciones sugerentísimas, aunque tampoco se priva de graciets más facilonas. Se atreve, eso sí, a ridiculizar el sentimiento identitario de algunos aborígenes, cerillos guardianes de las esencias personalizadas en una especie de violento sindicato que hostiga a los propietarios de bazares asiáticos como si las tiendas de todo a un euro estuvieran a punto de acabar con la civilización.

El tono parece más bien leve, pero la ironía deja paso a una sátira que va escalando en intensidad.

Percibimos incluso elementos metafóricos, 'simbólicos', más propios del *sci-fi* con moraleja. Porque, ¿y si la invasión hubiera empezado hace millones de años, y si los marcianos fuéramos, en realidad, nosotros (incluidos los de la barretina)?

Miguel Artaza



Esplín de África

Recordarán que en 2018 el Nobel de Literatura se declaró desierto y que una especie de academia paralela le concedió un premio 'alternativo' a Maryse Condé, guadalupeña que no nos sonaba de nada y resultó todo un descubrimiento. Una felicísima casualidad hizo que aquello coincidiera con la aparición de *Corazón que ríe, corazón que llora* (Impedimenta), un delicioso volumen de memorias de infancia que nos puso sobre la pista de una escritora enorme.

Quedamos tan impresionados y con ganas de más que prácticamente hemos devorado este segundo tomo, en el que Condé se ocupa de su educación sentimental y política. Lo primero que llama la atención es el cambio en el tono, más grave y melancólico (nunca solemne ni afectado). Todo lo que en aquella había de iniciático y *naïf* ha

desaparecido. Condé se aparta de cualquier lirismo y nos ofrece un autorretrato mucho más sombrío.

También los temas son más prosaicos, el peso de la narración recae sobre las dificultades domésticas o cotidianas de la autora —bandazos sentimentales, penurias económicas—. Eso no quiere decir que abandone la perspectiva identitaria y de género. Asistimos, de hecho, a su intensa politización, paralela a una especie de empoderamiento forzoso, de traumática liberación. La conquista de una independencia que acabará costándole mucho.

Ya no es más una Boucolon, esa estirpe de 'Supernegros' ala que perteneció y de la que solo queda un bonito recuerdo. Sus padres han muerto, las hermanas que tiene en París la tratan como a una apesada y Maryse, un poco por rebeldía y un poco



El segundo tomo de las memorias de Condé viene marcado por un profundo deje de melancolía

por desesperación, se empeña en tomar las decisiones equivocadas. Sentimentalmente, y no solo, su vida es un desastre. Veledades, furias, sueños. Y África, como escenario inesperado de una vida por estrenar.

Así encontramos a Maryse, a los treinta y pocos, soltera y cargada de hijos, en un continente

hostil del que lo ignora todo y que pronto empezará a pasarle por encima. *La vida sin maquillaje* (también en Impedimenta) se ocupa de la década larga que pasó en Guinea, Ghana y Senegal, viviendo a salto de mata, desbordada en todos los sentidos y sin terminar nunca de encajar: "provocaba hilaridad o bien es-

tupefacción allá donde iba" (el desarraigo tiene que ver ahora con no ser lo suficientemente negra).

En resumen, que bastaba un vistazo para constatar que las cosas no eran como las había planeado. Porque, aunque reniegue, nunca dejará de ser una señorita educada en los mejores liceos. Con su marido intermitente o esporádico, las cosas no mejoraron, aunque mantenían una convivencia civilizada y parece que más que cordial, pues siguieron teniendo hijos. A pesar de las penalidades, llevó una intensísima vida social y hasta cultivó amistades peligrosas. No exagero, tuvo un lío con uno de los hijos de Duvalier, el dictador haitiano. Lío que no llegó a más porque ella puso tierra de por medio.

En ningún caso son estas unas memorias complacientes. Más bien lo contrario, Condé explora a fondo sus propias contradicciones. Es tremendamente severa consigo misma, pero a la postre, y quizá de un modo no del todo involuntario, acaba transmitiendo una impresión de mujer admirable, valiente, vitalista y dueña de una determinación casi heroica a pesar de tenerlo todo en contra.

M. A.